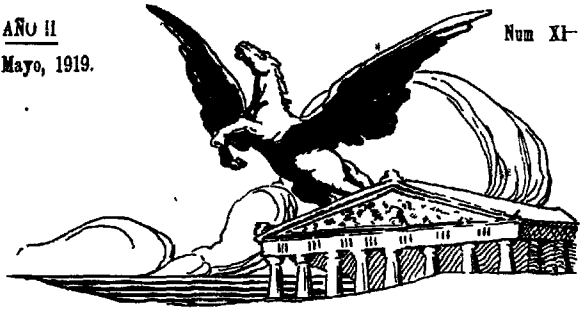
AÑO II

Mayo, 1919.

Num XI



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Sanvodra — Wilfredo Pi — Montiel Balcaceres
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Dirijase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción Mensual $ 0.50

Panorama Biológico del Hombre [1]

El hombre es el único ser viviente que ha logrado modificar por su esfuerzo propio sus relaciones con el medio que habita, la corteza de la Tierra.

Así, mientras los demás animales hervíboros y carnívoros siguen tributarios de las praderas, los montes, los mares y los rios para adquirir sus materiales nutritivos, el hombre hace surjir de las entrañas de la tierra el cereal, o el agua que necesita, extrae del seno de los mares o del fondo de los bosques los animales que pueden alimentarlo, y pone a su servicio «domesticándolos» los que no le interesan para su alimentación. Modificó también la defensa de su organismo contra la intemperie, defendiéndose del frio, y la lluvia o el exceso de temperatura por la vivienda y el vestido. Modificó en fin su propia traslación en el espacio, reemplazando el movimiento de sus extre-

(1) Capítulo inédito del libro en prensa. «*El criterio fisiológico*».

midades inferiores con la utilización de animales domesticados o vehículos que «fabricó».

Si investigamos las razones biológicas de esta superioridad sobre los demás animales, y no hacemos intervenir a la imaginación, encontramos una decisiva y suficiente —*la posesión de manos.* Otras diferencias más o menos evidentes distinguen al hombre de los animales que más se le aproximan en organización: el desarrollo máximo del cerebro y la palabra. Pero aunque el cerebro del hombre sea más rico en corteza asociativa que el de los vertebrados domesticados y por lo tanto educables y aunque la palabra humana sea un maravilloso instrumento de comunicación como ningun otro ser viviente lo posée, —corteza asociativa y lenguaje comunicativo tienen sus imágenes reducidas en casi toda la escala zoológica; *las manos son sólo del hombre.* No es posible demostrar—si no se admite la historia que del hombre hace Lamark— si la adquisición de las manos fué anterior, paralela o posterior al desarrollo cortical del cerebro humano; pero lo que puede demostrarse es que el único ser viviente que ha logrado modificar sus relaciones con el ambiente es aquel cuyas extremidades anteriores, libertadas de la función subalterna de sostener el cuerpo, terminan en manos.

Las manos definen al hombre. El sistema nervioso sigue ejerciendo en el organismo humano su rol de recibir impresiones, asociar experencias, orientar movimientos y conducir estímulos; la corteza cerebral sigue teniendo la dirección superior de todos los fenómenos vitales, por medio de esa función abstracta de la «inteligencia» que Romanes define como «la facultad que permite aprovechar de la experiencia para prever el porvenir»; pero la transformación del planeta en que vivimos y el dominio del hombre sobre las cosas es la obra directa de las manos.

La historia de la civilización humana es la epopeya de las manos. Cuando la industria (disciplina inteligente de las manos) reemplazó a algunos mecanismos orgánicos

en la adquisición de materiales nutritivos, el hombre pudo conservarse con menos gastos de energías, es decir, tuvo a su disposición un «crédito» de energías. *Este sobrante de energías es el alimento de la civilización.* Cuando el hombre apareció en el planeta, no tenía a su disposición ni viviendas que lo ampararan, ni armas que lo defendieran, ni agricultura que le permitiera intensificar su alimentación, ni fuego que le permitiera ahorrar industrialmente su calor animal,—y sin embargo vivía.

Esto significa que su organismo tenía energías suficientes para vivir como los demás animales, pero los demás animales no vivían más que una vida puramente nutritiva (la reproducción no es más que un aspecto de la nutrición) y a medida que su naciente industria le permitió cumplir las funciones conservadoras con menos gasto de energías, el hombre se dedicó a la misma tarea modificadora de las demás funciones orgánicas, tarea que el lenguaje humano engloba en el vocablo «civilización».

La civilización destacó definitivamente al hombre en la escala zoológica

La industria siguió su marcha progresiva, y de las nuevas conquistas sobre el medio surgieron nuevos motivos de asociación entre los hombres. Las colonias humanas, que primitivamente fueron defensivas, como las demás colonias animales, se hicieron además cooperativas en la conquista sobre el ambiente. De la nueva manera de vivir surgieron hábitos nuevos, que crearon las instituciones de la civilización.

La adquisición de materiales nutritivos se hizo definitivamente por la via industrial y surgió el trabajo; las funciones reproductoras se ennoblecieron con el sentimiento y surgió la familia; las funciones de relación atendieron a todas las solicitaciones del interés humano, y sin rehusar su contribución ni a la adquisición de material nutritivo ni al ejercicio de las funciones reproductoras, ni a la defensa contra las agresiones cósmicas o animales

del ambiente,—dedicáronse a alimentar las funciones imaginativas y crearon el Arte, y a disciplinar la investigación de los fenómenos naturales y crearon la Ciencia. Toda la historia del hombre es función de inteligencia, obra de manos y aplicación de energías sobrantes.

Pero paralelamente al conquistador de la Naturaleza apareció en la humanidad el conquistador del hombre. Pronto conoció la inteligencia el valor de la economía del esfuerzo en la adquisición de energías, y siempre que le fué posible, el hombre intentó utilizar el material conquistado por el esfuerzo de otro. Así apareció el abuso. El abuso es una institución humana con tanta personería como las otras. A veces el abuso era fácil, y el hombre lo cumplía sin mayor consumo de energías: era el despojo del más débil por la violencia. A veces no era tan fácil, el débil se asociaba con otros o se valía de la astucia o de medios industriales que reemplazaban su fuerza ausente, y aparecieron entre los hombres instituciones que sucesivamente ampararon o combatieron el abuso: la fuerza reglamentada, el mando jerarquizado, las leyes, las patrias. Todas esas instituciones aparecieron en distintos puntos del planeta para protejer al hombre; pero como el atacante o agresor era otro hombre, ellas exijieron para ser mantenidas energías sobrantes que no tuvieron aplicación efectiva de progreso, aunque la especie siguió progresando sin el concurso de esos lotes de energías.

El abuso no se ejerció solamente contra otros hombres, sinó contra el propio individuo, que cuando conoció el funcionamiento de todos sus órganos solía ejercerlos sin sujetarse al límite «fisiológico» El abuso individual tuvo por consecuencia la alteración del medio interior del organismo o *enfermedad*, así como la desviación de la conducta hacia funciones predilectas que no producen energías útiles, o *vicio*.

Luchas, enfermedades y vicios entre los hombres se fueron trasmitiendo con la herencia, como una escolta

sarcástica de la civilización que puede englobarse en el vocablo sufrimiento, y la especie, para seguir viviendo, necesitó destinar a este apéndice de su triunfo sobre el medio energías defensivas, que naturalmente debe distraer de las economizadas por su industria inteligente.

De manera que el hombre del siglo XX cumple cuatro clases de actos o funciones, funciones nutritivas, destinadas a obtener energías y que conservan el organismo; funciones de relación, destinadas, unas a la conquista de material nutritivo, otras a la investigación científica y producen progreso, otras al alimento de la imaginación y producen arte o «placer», etc.,—funciones de reproducción que producen herencia,—y funciones defensivas; que combaten el sufrimiento y son en realidad reacciones contra agresiones humanas, porque las agresiones de la Naturaleza inorgánica ya estaban de hecho vencidas cuando se estabilizó el tipo humano por su armonía definitiva con el ambiente, o «adaptación».

Cada uno de estos actos o grupos de actos—que son todos el'os funciones orgánicas aunque todos no tengan órganos específicos—*requiere y consume su correspondiente lote de energías.* Así es que el hombre actual distribuye las energías que acumula en cuatro lotes: uno para los actos nutritivos, otro para las funciones de relación, otro para la conservación de la especie y un cuarto lote para combatir las energías agresivas, predominando en estas por lo numerosas e intensas las de origen humano.

Tal es el panorama biológico del hombre, que aparece empleando actualmente sus energías en tres direcciones: para conservarse, para progresar y para defenderse,—panorama que puede sintetizarse en el siguiente esquema:

ESQUEMA ENERGÉTICO DEL HOMBRE

Funciones:	*Consumen*:	*Producen*:
a) Nutritivas	*a'*) Energías nutritivas	Energías sobrantes

b) de relación	*b'*) Id. de relación	Movimiento Arte Ciencia Progreso
c) reproductoras	*c'*) Id. de reproducción	Herencia
d) defensivas (y reciprocamente agresivas).	*d'*) defensivas y agresivas	Esclavitud Miseria Vicio Enfermedad Perturbaciones sociales.

SANTÍN C. ROSSI.

SONETOS

HALÍA

La próspera muñeca, cuyo segundo diente
Celebran al unísono padres, tíos y abuelos,
En su silla rodante, con un gesto sonriente
Señala victoriosa el azul de los cielos.

Ya no quiere la oveja de goma, el estridente
Silbo y hasta el payaso lleno de caramelos
La fastidian, y frunce un ceño displicente
Al gato color paja que dejó ayer sin pelos.

« Oh, las gracias de Halía ! » dice el consejo unánime,
Y luego « Qué romántica ! » La madre pusilánime
Emocionada cuenta la última travesura...

Los abuelos sonríen, cómplices, a la estrella;
La mirada del padre luce una luz tan pura
Cual si el cielo doméstico se reflejara en ella.

EL BAÑO

El minúsculo ajuar yace sobre la cama.
Casiopea feliz en su labor materna,
Mientras desnuda a Timo, canta una estrofa tierna...
Afuera el perro aulla al aquilón que brama...

El fuego de la estufa, arde con buena llama...
Entre un pañal vislúmbrase el marfil de una pierna,

Y en el baño esmaltado, con diligencia, el ama
Vierte la cristalina agua de la cisterna...

Lista para la higiénica ablución de la noche,
Timo busca el regazo maternal. Un derroche
De gestos y de gritos abre al agua que humea...

Su cuerpo rosa ondula en el raudo descenso...
« Chás ! » estalla la linfa herida, y Casiopea
Victoriosa sonríe a Piracmón suspenso.

PABLO DE GRECIA.

Una página inédita de Hèctor Miranda

Para Baltasar Brum.

Llamábanle el Furioso. Los cabellos mezquinos, oro viejo, se enrulaban sobre sus sienes. Sus ojos obstinados, sabían de las rojas horas del arrabal. Y de las horas de insomnio, sabían. Verdes eran como la loca maga de los sueños verlainianos. La barba descarnada i saliente, marcaba un rasgo de energía no domada. La nariz filosa i larga a lo Alighieri, apuntalaba la amplia frente límpida como domo de mezquita.

Bajo el cielo benigno de Italia se complacía en los cuadros del norte. Devoto de lo blanco, la nieve no escaseaba.

—Crear la Muerte ! — Hacer vivir la Muerte ! — Y con mano febril manchó la tela a golpes rápidos.

Sus cuadros eran polares. En su gabinete de trabajo, cascos antiguos, marfiles griegos, miniaturas esculpidas que vieron los regios reyes de Nínive, tapices i alfombras para tacones persas, no habían. Las telas tiritaban en los cuadros sin marco. Y el Apenino i el Alpe. Y las estepas moscovitas que conocieron la planta del gran corso. Y el Ural visitado por las aves emperatrices.

—Oh ! lo frío, lo frío ! Y tú mi amiga ! — tú que eres vida ! Tú ! — de ojos que no hai otros mejores.

Y como si a su cerebro ascendiera el vaho rojo de sus sueños, brotaron las prosas de su alma. Raras prosas balbuceadas bajo el haya de los besos primeros, en las verdes vegas de Padua.

—« Bajaron tus pupilas hasta el fondo de mi alma. ¡ Oh, tus pupilas de un negro etiópico, Rigel, Betelgeuse ! Llegaron tus dos raios oh !, — Friné que me has prodigado tus deliquios ! — Y tus dos raios a través de tus pestañas tuvieron una virtud sciomántica.

Mirando tus sortijas consteladas de glaucas gemas, io descifro tu porvenir i el mío, oh ! Friné que me has prodigado tus deliquios: — Hacia Oriente una mancha de un rojo límpido. A occidente las montañas con sus testas llenas de invierno. Y los plumones blancos en el lago.

Ezar, que desde lo alto has protegido mi carrera, rei de los remotos etruscos mis abuelos, guíame donde reside mi bella de pupilas de un negro etiópico, Rigel, Betelgeuse ! »

Y ella diademando su cabeza con los brazos saturados del incienso de los besos, susurró vehementemente.

—Soi de Italia, soi de Italia, amigo mío, — i del París moderno recuerdo. En tus telas de mi cutis ónix, de mis rulos de sol, de mis ojos de alfanje no hai otros mejores, nada.

—Y bien mi bella, io te crearé en la tela.

Dijo.

Pintaba.

En cuatro audacias el paisaje surgió. La glorieta era marchita. Los arbustos suplicaban. Sobre la escarcha mui blanca, un rústico banco. La falda de noche, diestramente recogidas en líneas rectas. Capa verde mar en pocos rasgos. La cara. Oh ! Las orejitas heladas. La nariz clásica. Los labios apenas mostraban su sangre, y los ojos, —los ojos iban surgiendo.

—La vida toda es en los ojos, había dicho. Y hacia los ojos. A cada pincelada había una insinuación de luz. La vida iba naciendo a golpes rápidos. Era ella. Las ojeras. Las cejas. Todo noche. El cabello mui rubio. Era un capricho.

El pincel trabajaba eficazmente.

—¡ Oh tus ojos que no hai otros mejores ! Tus ojos de un negro etiópico, Rigel, Betelgeuse !

Terminó. Era un alto relieve.

—Ves, ves querida ? Y con las mejillas sonrientes, i las pupilas por primera vez vacilantes el artista mostraba su tela.

Sonreía tontamente.

—Mi grande obra querida ! Mi grande obra!—suspendió de sus labios con un beso.

—Oh ! oh ! Mis ojos, superados,—clamó la bella con tono de reproche. — Mis ojos no son tan lindos, no son ya los mejores.

Y lloraba con sus grandes ojos de sombra.

—Cómo ? Mejores que los tuyos ? . . .

—Es cierto. Más lindos.

Y como si cayera sobre su mente la loca maga de sus horas rojas, tembló.

—Mejores que los tuyos ! Mejores ! Soi sacrílego ! No puede haber nada más lindo que tus ojos ! —

Y apagó de un brochazo los bellos ojos recién nacidos.

HECTOR MIRANDA.

Junio 1904.

NO FUÉ ASÍ . . .

Nó, no fué así, querida,
Tu gesto veleidoso nunca me rechazó....
Recuerda que tu vida
Buscaba mi ansiedad, estremecida
Por algo misterioso que mi alma le infundió.
¡ Oh, no me olvido, sí !
Fué un ardiente delirio de tu mano
Lo que hizo, aquella tarde, saltar mi frenesí.
No fué, como tu dices, esfuerzo sobrehumano
Para escapar de mí.
Jadeabas y reías,
Los labios febricientes, las uñas en tensión....
Cuando dijiste, trémula, que ya no me querías,
Pensé en tu caprichoso placer de monerías
Y no en tu rebelión.....
¿ Siquiera como un bálsamo al dolor de estos días,
No me dás la razón ?

ASDRUBAL E. DELGADO.

LA SOMBRA

COMEDIA INÉDITA DE JULIO HERRERA Y REISSIG

De acuerdo con nuestra promesa ofrecemos hoy a nuestros lectores la escena primera de «La Sombra», comedia absolutamente inédita del gran poeta de «La Torre de los Panoramas», y cuyos originales están en nuestro poder.

El lírico espíritu de Julio Herrera y Reissig hubiese llegado a realizar quizás una notable obra artística con las escenas sueltas de «La Sombra» que han quedado hasta el presente ignoradas.

Hemos de tener oportunidad de publicar algunos otros fragmentos de «La Sombra».

ACTO UNICO. — ESCENA 1.ª

Discurso de Introducción.

ALBERTO — (*Mirándose al espejo, ensaya un discurso de gran corte, que declamará esa noche en la tribuna del club,—haciendo un minucioso estudio de la mímica efectista*).

¡ Mirad ! ¡ Mirad hacia el Oriente de la Humanidad ! La aurora de alas olímpicas, la divina aurora roja de la Redención Social, rompe ya la noche aciaga de los atavismos milenarios, como una larva trágica de crímenes y de verguenzas !...

Todo anuncia ese triunfo primaveral de lumbre y de ventura, de arte y de felicidad. Un bosque de almas se estremece. Cantan en coro mágico de extrañas harmonías, todos los corazones de ese gran bosque humano,

como todos los nidos, rizados por el azul de la mañana de la gloria, ebrios de oxígeno del futuro. El mundo parece que recobra con la aurora su conciencia de que es mundo. Los campanarios de la Selva ululan sus cien mil bordonas salvajes. La Egloga—de ojos verdes—ríe ingénuas gotas de cristal. Todo suspira, todo habla, todo evoca, todo repercute, todo conjuga el verbo amar, de pronto, ante el clarín de sus rayos de cobre, después de una larga noche de sueño.

Y bien señores: Escuchad.... Ruidos acá, estremecimientos allá, cantos y resonancias de nuevas ideas, evocaciones de nuevas conquistas, impaciencia de alas y éxtasis de corolas, magnífica misa de gloria del arte y de la quimera, ante la espléndida custodia del Sol.

La conciencia del hombre despierta. Su Pegaso, insaciable de vida, loco de aventura, se hunde en el vértigo de la inmensa noche sin lucero y sin aurora. El ojo siempre abierto del Inconsciente, la gran sombra que piensa y que obra, lo hinoptiza desde el Imposible. Dios le habla a través de los siglos !... Y avanza, avanza como un murciélago del abismo con el huracán de la paradoja en sus fosas nasales y el alma del mundo relampagueando en sus ojos... Y se hace por fin en el horizonte, la Igualdad, la Fraternidad, la Harmonía Social, la Estética Cosmopolita, la Arquitectura Sentimental de la gran raza humana, la Sinfonía Mágica de los corazones.... Cuaja por fin en realidad tangible, la República Platónica de las almas... Todo sale del fondo de la conciencia... La base de la gran reforma social es la reforma del hombre en sí mismo. Su cúpula miguel-angélica es la ciencia ! La redención de cada uno es la redención de todos. Cada espíritu es una letra del luminoso alfabeto de la Leyenda, es una página inspirada del Astro erudito de la Inmortalidad. Cada cual aporta un instrumento mágico a la orquesta sublime del Porvenir.

Descorred el telón de la heroica epopeya. No más miseria, no más delitos, no más deformidades, no más sombras en la escena humana. Del bloque informe y espúreo saldrá la clara estatua pulida de la nueva Idea. El pensamiento proyectará su estructura, porque en la Naturaleza, es el Genio dinámico de las cosas, el Todo Númen y el Todo Verso, que corporiza su gracia tangible en el sublime ritmo de la Iniciación. Esa es la ley, esa es la maravilla. El Ideal es Pigmaleón, el fondo, que hará surgir a Galatea; la perfecta forma ! El gran nivelador funciona siempre, el divino cincel de las razas hará milagros en el futuro, plasmará el Parthenón de los nuevos dioses del Alma. Labremos en línea recta el túnel maravilloso—como un puñal de luz—bajo la abyecta montaña de las iniquidades y de los prejuicios.

Escuchad: Pioners de la Gloria ! Auscultad hacia el Más Allá. Lo Irresoluble se estremece. Truena el Arcano. Se oye ya el rumor oscuro de la piqueta de los que vienen.... Pronto uniremos las dos auroras... El túnel estará abierto... Y la montaña burlada !...

Rellenemos abismos vetustos. Abramos cauces modernos. No más Judas en la familia. No más Tartufos en la sociedad. Enfurezcamos la gran hoguera depurativa de la conciencia social. Su resplandor será como la aurora estridente que anuncie al mundo la Libertad. El humo de esa hecatombe dantesca será el incienso trágico de la gran epopeya humana. Al fuego Códigos, Biblias, Sylabus, Teurgias, Sofismas, Resabios, Imposturas y Fetichismos.....

(Entran Conrado, Víctor y Enrique. Saludan a Alberto. Se abrazan y vocean).

CONRADO — ¡ Estás ensayando el discurso para esta noche ? Vamos, continúa. Te oiremos con gran gusto.

VICTOR — ¡ Qué tal maestro ? ¡ Cómo anda esa oratoria de Vendimiario ? Le aseguro un éxito detonante.

ENRIQUE — Ilustre filósofo, prosiga usted... Ha de ser como todo lo suyo.

ALBERTO — *(Agradeciendo).* Está bien, amigos míos, accedo a tanto honor. Continuaré hasta el fin. Me placería saber si es del agrado de mis valientes camaradas rojos....

TODOS — *(A una).* Ya, ya! Oh sí! Cómo no! Pronto! Viva la Anarquía! Viva el Club de la Aurora del Pueblo! Lea Vd. señor maestro! Qué gran placer, saborear por anticipo, esa Catilinaria contra los burgueses!...

ALBERTO — Continúo pues...

(Comienza a leer con voz altisonante.)

Derrumbemos la vieja Babel de los mitos laberínticos, oh resurrexit maravilloso de un apocalipis espeluznante! Se abatirán los cadalsos. Se clausurarán las cárceles y los asilos, los hospitales y los manicomios. Alcoholismo, locura, neurosis, epilepsias, lacras y estigmas de la raza, serán mitos nemorosos del Pretérito, desaparecerán como fantasmas lúgubres en un torbellino de llamas espléndidas! No más derechos de algunos contra derechos de todos! No más Cuasimodos de la injusticia, no más Guillplain de la infamia! Igualdad de obligaciones. Nivelamiento de beneficios. No más estados civiles, ni sacramentos eclesiásticos, ni férulas sofísticas, ni convencionalismos falsarios, ni fórmulas fetichistas, ni prescripciones réprobas, ni condenas suicidas. Fundemos el gran Museo de las momias y de los abracadabras de la civilización contemporánea. Ni banderas, ni estandartes, ni coronas, ni pelucas, ni báculos, ni sotanas, ni cruces, ni reliquias, ni nobleza, ni ciudadanía, ni religión, ni patria!....

(Los amigos le interrumpen exaltados de júbilo: — ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Estupendo! ¡Nada mejor! ¡Bis, bis! ¡Mueran los burgueses hidrópicos! ¡Prepárensen los filisteos! ¡Abajo el mundo!....)

ALBERTO — *(Continuando)*..... No habrá prostitución, salto atrás de la especie, porque no existirá el fantasma sombrío del matrimonio que es la Parca del Amor, y porque no habrán vicios desde que no habrán miseria ni aprehensión, ni avaricia, ni dolor, ni usura, en el fuero privado. Será el Indice tenebroso de la lujuria barata del mercado de carne flagelada de los antropófagos sensuales...

...No habrán adulterios, ni divorcios, ni uxoricidios, ni poligamias, porque no habrán sino uniones libérrimas, por el único vínculo: el del Amor. No reinarán discordias ni mala fé, ni crímenes, ni judaísmos, porque no existirá el oro vil, el Mefistófeles avieso de todas las tercerías, de todas las ventas, de todas las prevaricaciones. No habrán Caínes ni Abeles, ni Froments ni Rislerts en las sociedades, ni Montescos ni Capuletos en los hogares.... Ni oscuras venganzas, ni envidias trágicas, ni pleitos por herencia, ni odios tradicionales, porque no habrán diferencias entre hijos de un mismo padre o de una madre misma; porque no habrán leyes absurdas ni supersticiones ripiosas que dividan a los hermanos en honrados y en espúreos, en legítimos y bastardos, en primogénitos y en adulterinos; — porque todos serán hijos reales de la sangre y del derecho, porque todos tendrán idéntica aureola de honor ante la Naturaleza y ante la Verdad....

(Gritos y felicitaciones de los discípulos: — ¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Piramidal! ¡Cordilleresco! ¡Interplanetario! ¡Mueran los burgueses que tienen hijos ocultos! ¡Vivan los bastardos que han dado tanta gloria a la Humanidad!.....)

(Elogian a Alberto....)

ALBERTO — ..... No más seducciones cobardes, la caza del sexo, el deshonor de la mujer, la infamia del nombre, la carne de cañón de la lujuria metropolitana. No más la querida mundana de los don Juanes burgueses....

(Aquí le interrumpe el auditorio con gritos y gestos. ! Mueran los burgomaestros pelirrojos, corruptores de mujeres ! ¡ Mueran los tránsfugas del amor ! ¡ Abajo! ¡ Abajo !... !.

ALBERTO — .... No más amancebamientos troglodítas en que la ingénua amante es un vil mueble, una forma animal de placer, y el hombre un Moloch de torturas lascivas, un Barba Azul cobarde y déspota. ¡ Guay del que burle a una mujer ! ¡ Será considerado como un monstruo ! La libertad de la hembra... La dignidad de la madre... La que fué esclava será reina. La que fué Hetaira será Matrona. Lo que fué tinieblas será resplandor. Lo que fué instinto será voluntad. Lo que fué cosa será conciencia...

Rompamos todas las cadenas, todas las Bastillas, todos los Anfiteatros, todas las murallas, todos los puentes levadizos del fanatismo y de la ignorancia, todos los catafalcos de la mentira y del odio. ¡ Fuego a Jerusalém ! ¡ Abajo Cartago !... Se acabarán las guerras caníbales, no tendrán objeto las conquistas púnicas, convertiremos el Chacal humano en castor virtuoso del Progreso, decapitaremos al Polichinela antiguo del ridículo y amputaremos la joroba de la Historia... Será el acabóse del sensualismo ruinoso de la política, de todas las esclavocracias, de todos los Serrallos, de todas las concupiscencias morales y materiales de la época, de todas las deformidades y de todas las anomalías abyectas del ser social....
—porque todos los hombres, dueños del instinto, domadores del prejuicio, artistas briosos de su templo, Prometeos de su gloria, sin diferencia de rango, ni de fortuna, ni de educación, ni de interés, formarán un todo simpático, como una especie de gran órgano psicológico de la Paz, — establecerán una harmonía pitagórica de sentimientos y de aspiraciones hacia la perfección ideal del tipo humano, en el concierto maravilloso de la Vida !....

(Todos detonan entusiastamente. — ¡ Bien ! ¡ Divino ! ¡ Viva el gran filósofo Alberto Legouver!! ¡ Mueran los millonarios ! ¡ Abajo el Capital ! ¡ Viva la Anarquía !).

(De adentro se oyen los agrios rezongos de Doña Juliana: — ¡ Qué es esa batahola !.. Alberto se ha vuelto loco ! Vírgen santísima ! Qué bundel ! Ni educación ni respeto !... Maldita anarquía !....)

(Enrique, Conrado y Víctor se despiden afectuosamente de Alberto y le felicitan con palabras ardientes,—saliendo puerta izquierda. Alberto los acompaña hasta el hall y vuelve, sentándose luego, en el escritorio donde queda meditativo, con la cabeza desplomada. Después, hojea un gran libro....)

JULIO HERRERA Y REISSIG.

DEL POEMA «DE LA GARZA»

Soy, a la orilla musical del río,
armiño en plumas, que repudia el tizne;
pájaro más romántico que el cisne
lírico y noble de Rubén Darío.

Soy alada blancura en el remanso
que me duplica en su corriente clara,
y, cual si la quietud me disecara,
largo tiempo en un pié sueño y descanso.

Esquiva con mi artística belleza
soy símbolo de un casto pensamiento
y emblema de una mística tristeza.

Y al cerrarse la inmensa noche bruna,
tiendo el vuelo, al nidal, como un fragmento
que se escapó temblando de la luna.

La nieve no es más blanca en su descenso
que mi apacible paso por la altura,
ni son los rizos del cristal inmenso
del mar tan blancos como mi blancura.

Nada tan sosegado ni tan mudo
como la paz, donde mi veste aliso;
nada tán frágil como lo es mi escudo
de plátanos, de caña y de carrizo.

En sábanas que incuban la malaria
o a la vera de arroyos en fragor,
tan recogida soy, tan solitaria,

que si un ruído delata al cazador,
vuelo como una tímida plegaria
en busca del amparo del Señor....

México. **Manuel García Jurado.**

NORMA

De Las Estancias Espirituales *(libro próximo a aparecer).*

Intérprete sublime de un oculto lenguaje
Que en el fondo se anima de todo sentimiento,
Yo las rimas extraigo de mi propio tormento
Sin buscar la serena beatitud del paisaje!..

El dolor hecho Verso tiene un ritmo salvaje,
Que no arrulla ni canta como el débil lamento,
Más tiene la armonía de las voces del viento
Y el indómito ritmo de las Furias en viaje!!

SENDERO DE EXPERIENCIA

Ay de aquél que de la Vida elige
El más largo sendero de experiencia,
Pues rodará sin gloria ni clemencia
Ignorando el destino que lo rige...

Todos tienen su ruta en la existencia
Y el error de los hombres se corrige
Cuando suena la hora en que se erige
La justicia de Dios en la Conciencia...

...Más aquél que conserva el alma pura
Sustentando su cáliz de amargura
Como interno blasón al mundo entero,

Encontrará la paz consigo mismo
Cuando clame su voz ante el Abismo
Y en el Reino de Dios será el primero!!

MANUEL DE CASTRO.

1919.

PAGINAS OLVIDADAS

EL GRAMATICALISMO

Existe entre los literatos españoles un estado de miopía intelectual muy grave, y es el que consiste en no ver en las obras más que el lenguaje. Tal es el que podremos llamar Gramaticalismo.

Para adquirir esta enfermedad, se necesita estar afectado de un cierto raquitismo cerebral proporcionado, y a *nativitate*. Entonces al enfermo se le figura que el estilo de un autor y aún la importancia de una obra, depende especialmente de la construcción gramatical de la frase, y, a veces, hasta de su ortografía. El gramaticalismo, es el grado más acentuado de la miopía cerebral. Llegado a este grado, el mal siempre es incurable, dado que de endémico pasa a ser académico varias veces. En este caso, el enfermo español se convence de que toda la cuestión de componer un libro estriba en escribir castizo, es decir, arcáico, o lo que él llama castellano puro y reto *sin mezcla de algodón*; y hacè gala de nimiedad en sus escritos que lima y pule, después de haberlos construído como un mosaico, por medio del ajuste de palabras, consagradas por el uso, tomadas de escritores que vivieron en épocas que no son las nuestras. Su bello ideal es el *escribir el castellano* tomando la lengua, no como un medio, sinó como un fin, y fin de toda literatura posible, en vez de *escribir en castellano* los conocimientos, ideas o sentimientos que tenga. Pero como no los tiene, encuentra que a la lengua le basta y sobra con expresarse a sí misma, y así se deleita en esa especie de masturbación mental. Las formas literarias que afectan sus secreciones, sòn en

general las de comentarios indigestos, las de disquisiciones nimias, las de poesías insulsas, en metros consagrados por el uso, también de poetas de otros tiempos, tan correctamente rimadas como vacías de sentido; de cuando en cuando suelta alguna definición que nadie define, o alguna sentencia insípida que no va a ninguna parte, haciéndola preceder de mil preámbulos tan altisonantes como pretenciosos.

En tal proceso de estrechez cerebral sobreviene una parálisis de la visión. No ve que la lengua es un instrumento para expresar los estados de nuestro espíritu, que toda la dignidad del lenguaje consiste en el pensamiento; que la lengua es un órgano viviente que evoluciona, y que en cualquier momento de su historia, una lengua se halla en estado de equilibrio entre dos fuerzas opuestas, la una conservatriz o tradicional, y la otra revolucionaria o innovadora. No ve que la fuerza revolucionaria que obra por alteraciones fonéticas o sea de sonido, por cambios analógicos y por neologismos, es necesario a la vida del lenguaje para que éste no se muera falto de sentido y de flexibilidad. No ve que la vida y la salud del idioma consiste en el equilibrio de conservar lo antiguo que corresponde a las ideas cuyo uso sea lógico y adecuado, y de enriquecerle con nuevos sonidos, nuevas significaciones, nuevas palabras y nuevos giros, creados siempre conforme al genio de la lengua, genio que también evoluciona con el de la nación.

Nada de eso ve, y se complace en mostrar la inconsecuencia de las faltas del lenguaje tal cual el pueblo lo ha hecho, y corregir las divergencias del uso inveterado, por medio de raquíticas deducciones gramaticales, sin apercibirse de que los giros que intenta suprimir son más lógicos, más naturales y más claros que los que él propone para substituirlos.

Como en tal estado de raquitismo mental no cabe el conocimiento de las leyes de la Naturaleza, cree que la

lengua vive por sí propia, que desde que la fijaron los clásicos, es perfecta *per in eternum*, y a veces omnipotente y omnisciente; y se figura un sacrilegio toda innovación, y toda alteración un atentado. Su trabajo es el de limar, pulir, miniar, y así se le pasan las horas, días y aún años convirtiendo el castellano de lengua viva en lengua muerta. Le sucede lo que a los romanos de la decadencia que a fuerza de aferrarse a su latín, se les quedó una lengua litúrgica, incomprensible, en frente de las lenguas populares fecundas y poéticas que dieron lugar a las lenguas neolatinas. No ve que el mundo marcha, y con él las expresiones escritas. Cervantes para él no tiene más mérito que el de sus giros. Discutirá en páginas y en tomos si un nombre propio debe terminar en ez ó s, y si una de sus sílabas debe escribirse con b o v, como si fuera una cuestión que le importara a nadie, cuando Cervantes y Quevedo escribían indistintamente Felipe con F o con Ph.

¡ Ay del que equivoque un artículo, ay del que construya de un modo distinto que los clásicos ! ¡ Ay del que de un nombre haga un verbo, de un verbo un nombre, de un sustantivo un adjetivo ! Para él será esto mayor crímen que el de haber faltado a la moral ó a la conciencia.

Y, ¡ cosa rara ! A causa de esta ceguera intensa redacta diccionarios que pretende imponer como códigos de la lengua, y que en cuanto a ciencia filológica están a cien metros debajo de los conocimientos vulgarizados. Tal es el cuadro sintomatológico del infeliz atacado de esta enfermedad esencialmente española. Pero apesar de esto, la lengua continúa haciéndose por los escritores que vienen preñados de conocimientos y de ideas, por los que sienten y piensan sin curarse de tales insignificancias. Y esos son los que se llaman Cervantes, Dante, Sakespeare, Calderón, y otros que de esta madera nacen, pués la savia que produce el genio aún no se ha estrunecido en la Naturaleza. Y contra todos estos pseudos gramáticos, el lenguaje continúa siendo un organismo sonoro que la

mente humana crea y transforma de una manera sensible e indefinida, bajo la acción inconsciente de la concurrencia vital y de la selección, al par de los demás organismos naturales. Y las obras de genio siguen produciéndose y dando lugar a nuevas estéticas, y los estilos nuevos surgen con los nuevos temperamentos, independientemente de todas las reglas. Y la mente humana continúa produciendo e innovando en las letras como en todo pudiéndose decir a pesar de los académicos: —¡E per si muove!

POMPEYO GENER.

CONVIVIAL

Del próximo libro Diafanidad.

La soledad profunda, el silencio y la noche
fraternales cobijan a mi espíritu insomne.
Entre mis manos tengo, cordial como un amigo,
el pequeño volumen de un olvidado libro.
Es un libro que hacía muchos años no leo,
—si casi ni la trama de su historia recuerdo! —
Es como un buen muchacho que vimos en la escuela
y después, esta vida que nos trae y nos lleva,
lo alejó; más de pronto lo vemos y rientes
hablan las bocas, júntanse las manos dulcemente,
en tanto, sobre todos los pasados amores,
se unen en un abrazo puro los corazones.
Este libro olvidado en un estante, evoca
a mi espíritu tiempos en que las buenas horas
de la niñez pasaban en un desfile mágico
de perenne alegría y dolor olvidado;
hay en él una historia sutil donde unas hadas
a un hermoso mancebo encantado se raptan
y llevan por remotos países de leyenda,
después: unos románticos amores, la princesa
infaltable de todos los cuentos infantiles
y el final en que todos terminan muy felices.

Y yo que hube leído volúmenes enteros
donde graves señores dicen ¡qué cosas!, quedo
dulcemente arrobado por aquel suave libro
que me dice palabras tan bellas, tan de amigo!
...Lo cierro, y en mi espíritu flota, como una seda,
cierta impalpable cosa muy humilde y muy tierna.
En recuerdo, deseando como darle las gracias
por su cuento de encantos, de príncipes y hadas;
busco una firma. Quiero saber quién lo escribió!...
Las tapas están rotas y no hay nombre de autor.

ERNESTO MORALES.

Vicente López, 1919.

En el número último de « Pegaso », al pié de otra poesía de este inspirado bardo argentino titulada « Revelación », apareció el nombre de Vicente López, pueblo donde reside el poeta, en vez del suyo.

Nos apresuramos a aclarar el error, pidiendo, de paso, disculpa al Señor Ernesto Morales por esa lamentable confusión.

NOTAS

Luisa Luisi en cuya obra se viene marcando una definida evolución de fondo y de forma, ha dado a las cajas un nuevo libro de poesías que titula « Inquietud ».

Este espíritu femenino, que une a su sensibilidad ese sutil afán nervioso de saber, de ahondar, de intuir en las cosas del alma y de la vida, nos reserva, pues, un giro de su obra que puede ser definitivo.

No se ha caracterizado esta poetisa por obra pura de mujer,—en lo que damos a este concepto, de suave y dulcemente romántico,—que pudiera hacer exclamar: es una de tantas. Nótase en su obra nueva, bajo la epidermis de su verso, sino el palpitar de la cálida sangre de la vida, el río de ideas, la fina tramazón de los nervios del pensamiento.

Inquietud, verdadera inquietud espiritual, ansias de libertad, ritmos nuevos, anuncian en la obra de la autora de « Sentir », una evolución, que, aunque no fuera más que ello, ya nos demostraría que está su alma en tensión creadora. En trance de ser. En ágil y fecunda espectativa.

El 2.º aniversario de la muerte de Rodó. — Esta fecha luctuosa ha dado márgen para que el Uruguay demostrara el culto, cada vez más intenso, que siente por la memoria esclarecida del que fué uno de sus más altos y gloriosos hijos.

Palabras tan autorizadas como la de los señores Víctor Pérez Petit, Carlos María Prando, Foloo Testena y otros, exaltaron, una vez más, el mérito del artista y la virtud del hombre, apóstol en el doble sentido del espíritu y la acción.

La prensa del país dedicó páginas enteras, donde en bellos panegíricos se glosaba su vida y su obra.

En casi todas las escuelas públicas y sociedades culturales se realizaron homenajes tan sencillos como elocuentes.

El Consejo Nacional de Administración por unanimidad aprobó el siguiente decreto:

Artículo 1.º Encomiéndase al señor Antonio Bachini, la misión de trasladarse a Italia con el objeto de disponer lo conveniente para el reempatrio de los restos de José Enrique Rodó.

Art. 2.º Diríjase a la Honorable Asamblea General el mensaje acordado haciéndole saber lo resuelto en el artículo anterior, a fin de que lo tenga en cuenta en el estudio del proyecto de ley enviado por la Presidencia, sobre la misión del señor Antonio Bachini a Italia, con objeto de retribuir la visita del Embajador Vito Luciani.

Art. 3.º Nómbrase una comisión compuesta por los señores doctor Pedro Figari, doctor Víctor Pérez Petit, Pedro Blanes Viale, Ismael Cortinas, doctor Horacio Abadie y Santos, Cándido Lerena Joanicó y Luis Guillet, encargada de correr con todos los trámites relativos a la erección, en una de las plazas o paseos públicos de Montevideo, de un monumento a la memoria de José Enrique Rodó.

Art. 4.º Comuníquese, publíquese e insértese en el L. C.

Por su parte la Dirección General de Correos Telégrafos y Teléfonos ha encargado a Norte América la confección de sellos postales con la efigie de Rodó los que serán puestos en circulación el día que lleguen a Montevideo los restos del autor de Ariel.

Es con verdadera complacencia que « Pegaso » deja constancia de estos hechos.

GLOSAS DEL MES

Foico Testena en Montevideo.

En nuestras calles, donde todo es modosito, tan gris, donde las gentes parecen asustarse de las estridencias, Foico Testena ha lucido su silueta ruda de revolucionario.

No hablemos de su pasado, por más que no deje de ser interesante. Aparecerían horas de fiebre, de lucha y de dolor. Acaso nos asombrara alguno de los movimientos sociales que Foico Testena ha encabezado en su patria.

Más aquí, en las páginas de esta revista, nos interesa, antes que nada, ese gran espíritu artístico que hay en Foico Testena. Orador de palabra fogosa y literato de pluma irreductible, en él coinciden el e ítico, el poeta y el sociólogo. Quizá por esto, sus comentarios tienen un singular valor. No se limita a justipreciar las perfecciones formales, sino que vibra allí donde los autores dejaron impresa la huella de su alma y desentraña la transcendencia social de toda producción.

Veamos la figura de este hombre que ha subido al estrado de la sala de actos públicos de la Universidad para decirnos, en un italiano sonoro y rotundo como un verso de Carducci, lo que significa Leonardo de Vinci, en el renacimiento artístico de Italia; las más altas cualidades artísticas de nuestro Rodó; la hondura del teatro de Florencio Sánchez y el sentimiento que hace cálidas las poesías del intenso y doloroso Giovanni Páscoli.

Foico Testena es un hombre alto y huesudo, desgarbado y nervioso. La cabeza altiva y fuerte; los ojos, pequeños, tienen una extraordinaria movilidad. La cabellera es lacia; la barba profusa e intrincada como una selva. Cuando lo vemos por primera vez, le encontramos un aspecto de Cristo sombrío. Pero luego, viéndole animarse y sonreír, cuando los rocios 1 bios se entreabren y surge aquella enorme boca de sátiro, descubrimos un no sé qué punzante, mefistofélico.

Si Rubén Darío se sintió inquieto ante las barbas de chivo de Valle Inclán, [illegible] de terrorista que Foico Testena ostenta. Pero [illegible] él, toda prevención desaparece. Es un gran corazón. Surge el alma

espíritu comprensivo y optimista, que supo vincularse con un esfuerzo noble al movimiento intelectual de la Argentina.

Folco Testena es uno de los que no faltan nunca a las comidas mensuales de «Nosotros». Mientras los compañeros cenan alegremente, él, con la servilleta y el cubierto cruzado, habla a gritos del último libro que los talleres nacionales acaban de imprimir. Incansable, lector, curioso de todo cuánto se realice sin más móvil que aprisionar la belleza fugitiva, ha traducido al itáliano «El espejo de la fuente», libro de versos que consagró a ese lírico, — ¡tan sensible! — que se llama Rafael Alberto Arrieta y al trágico admirable que es Alberto Capdevila. «La Sulamita», aquel suntuoso poema que con comentarios musicales de César Cortinas, el niño prodigio, conocimos en el Teatro Solís, también ha sido vertido a la lengua del Dante por Folco Testena. No hablemos de cien notables juicios críticos que contribuyeron a estimular la producción artística, hoy tan numerosa, de un país que siempre nos pareció más propicio a otro género de especulaciones.

En Montevideo, Folco Testena no obtuvo una acogida todo lo cordial que la calidad de este desinteresado huésped merecía. En sus conferencias eché de menos a casi todos nuestros escritores. Bien es verdad que tuvo un público numeroso e inteligentísimo. Y a fé que los literatos uruguayos habrían sacado provecho de lo mucho bueno y nuevo que sobre Leonardo de Vinci y Pascoli, Florencio Sánchez y Rodó, dijo Folco Testena. Al juzgar la labor de los nuestros, no fué un amable panegirista. Ensalzó méritos y señaló fallas. Fué un crítico concienzudo: ágil y hábil y documentado.

VICENTE A. SALAVERRI.

El gringo.

Ahora que las conmociones sociales se han hecho tema diario y que el temor del peligro rojo provoca desatentadas medidas o espantos histéricos, se debate como problema inaplazable la selección de los extranjeros. E igualmente, queriendo buscar un absurdo equilibrio al creciente malestar social, achácase la profunda dolencia a esporádicos reflejos o a la perturbadora influencia de los exóticos agitadores de profesión. Hay que romper una lanza por unos y por otros. Con respecto a los primeros,—los extranjeros,—se opina que debe abrirse una cuenta a ganancias y pérdidas del negocio. Hay que explotar a los que se puede y esgrimir con prudencia y seguridad el apaga fuegos de ideas que se ha dado en llamar leyes de represión social.

En cuanto a los agitadores, cuya acepción literal sería: hombres que mueven, que sacuden, que activan pensamientos e ideas; que hacen fermentar sueños, que agitan almas y marasmos, no son otra cosa que el grueso del ejército cuya vanguardia clarineó su llegada con el libro de Gorki, de Tolstoy, de Zola, de Reclus, de todos esos fervientes *agitadores* que pasaron su bella vida amando, laborando, soñando, en un ideal que hoy cuatro improvisados cancerberos de ajenos privilegios califican de colectiva locura peligrosa.

Rodó, en «Ariel», haciendo una simplista cuestión igualitaria del socialismo, clamaba desesperado contra el ciego rasero nivelador y, sin embargo, las actuales democracias vuelven la oración por pasiva y persiguen y castigan a los que levantan la cabeza pensadora y el alma generosa por sobre la mediocridad de los cartabones repúblico burgueses.

Nosotros somos una trasplantación de Europa. (Si alguien quiere hasta imitar su militarismo!...) ¿Como entonces vamos a considerar extranjero a lo que de allá nos viene? ¿Dónde está nuestra cultura propia, nuestra ciencia, nuestro nuevo modo de pensar y sentir las exigencias económico-sociales planteadas en la hora actual?

Cuando frente al fracaso de las viejas civilizaciones podamos levantar un nuevo edificio triunfal de labor y de paz, cuando los de fuera deban venir a aprender de nosotros, entonces ni siquiera precisaremos espantar a nadie, sintiendo el orgullo de que el extranjero beberá en nuestra fuente la enseñanza fecunda y noble.

Pero entretanto que seamos un reflejo, quizá una mala copia, el descontento de allá existirá aquí; el utópico podrá encontrar en la nuestra, tierra más propicia para su sueño, y enalteceremos el beberle la roja sangre productora cuando honremos y exaltemos la azul de sus pensamientos renovadores.

Silenciosa e impertérrita la obra del libro continúa.

Del extranjero a acá hay una corriente de libro gringo que no claudica... ¿La atajamos? — Sí!

Y de los hombres que vienen no dejaremos entrar en nuestra patria nada más que a los cretinos...

Cómo si tuviéramos pocos...

MONTEL BALLESTEROS.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Irremediablemente... Versos de ALFONSINA STORNI. — Cooperativa Editorial. — Buenos Aires 1919.

Un libro de Alfonsina Storni es siempre un bello acontecimiento. Dentro de su patria y aún mismo dentro de la lírica continental, la señorita Storni representa uno de los temperamentos poéticos más originales y vigorosos.

En «Irremediablemente»... esta poetisa, a nuestro juicio, ha superado a la de «El Dulce Daño». Hay más realidad, más emoción, menos deseos de ser original a toda costa. A propósito de esto es bueno tener presente a Carlyle: no hay que confundir originalidad con novedad.

Es singular en esta poetisa su manera de decir. Imperativa, áspera a ratos, parece que quisiera dar a su verso atributos masculinos. Hay en ellos más imprecación que oración y por una vez que implo ran, cien veces desafían.

De este modo, al primer golpe juzgada, podría pensarse que ella ha caído también en el «snobismo» de aparentar desdén por las sutiles delicadezas de su sexo. Más en verdad, para nosotros, a pesar de sus complejidades psicológicas, es Alfonsina Storni la más femenina quizás de la brillante pléyade de poetisas que estas regiones del sur de América pueden ostentar orgullosamente a la admiración de los contemporáneos.

Sus arrebatos, sus iras y hasta el anatema que, de cuando en cuando, se escapa por su boca tienen siempre algo del enojo infantil o revelan a las claras su origen femeninamente pasional. Despréndese de todas las páginas algo así como un lamento de agua cristalina que brota profusamente y ¡ay! también inutilmente.

Más sentimental que conceptuosa ama la expresión del símbolo en el que parece encontrar mejor medio para traducir sus emociones; y si no siempre resulta fácil desentrañar su pensamiento, es justo confesar que la mayor parte de las veces, la poetisa acierta en esa materialización, por así decirlo, de sus sentimientos.

Y muy libre, muy suelta, muy sin pautas. Ella es la amazona y el verso su corcel, al revés de como lo entienden los rancios académicos. Encoje y alarga el ritmo, cambia el giro del verso según su sentir y su deseo y no por cierto disminuyendo su sonoridad, sinó

aumentando su encanto musical: de igual manera que el caballero ama, de cuando en cuando, cambiar la marcha de su caballo y pasar del galope brusco al trote lento o al paso a paso sonánbulo, no para hacer más pesado el viaje, sinó para amenizarlo y destruir monótonías.

El verso moderno no es cantilena pura. Ha pasado en poesía el período melódico, sin que por eso haya dejado de ser la música su elemento esencial. El ritmo libre no quiere decir arritmia, sinó libertad para darle al verso todas las bellezas eufónicas que se puedan sacar de las palabras. Es una conquista hecha como todas a despecho de las normas arcáicas y del cloqueo de los leguleyos de la retórica y cualquiera tiene el derecho de utilizarla sin necesidad de ser un genio, como se ha dicho por ahí.

Desgraciadamente no todos los oídos pueden amoldarse al ritmo de estos nuevos giros y es imposible a quienes creen que el arte es una hermética cuestión de preceptos, a quienes todavía juzgan la bondad de un verso por la colocación de las vocales, o a quienes de tanto escuchar un son tiener calcificado el tímpano, hacer entender lo que no podrían por insuficiencia orgánica.

En la hora actual para gustar una poesía, no solo se necesita buen oído, sinó lengua fácil. Es preciso saber leer, tanto como saber escuchar y comprender; porque sinó podría tomarse por dureza de sonido lo que es solo impotencia del lector. El poeta no debe preocuparse ni escribir para parésicos de la lengua.

En este libro, hijo de un instante de suma desazón, como en su última página lo revela la poetisa, Alfonsina Storni ha grabado en bellos y sonoros versos «momentos humildes, amorosos, pasionales, amargos, selváticos, tempestuosos» que van, como sus nombres lo dicen desde los tonos más velados, hasta los más violentos de la gama.

Sin rubor muestra su alma desnuda a las miradas de los peregrinos: un alma «sentimental, sensible, sensitiva».

Muy cambiante, muy paradógica, muy humana, la misma causa que aquí la hace encrespar como una leona, allá la hace gemir como una tórtola. Y es Eros el divino, naturalmente, el causante de la mayor parte de sus inquietudes: ¡Eros, tan divino como homicida y tornadizo!

En todas las poesías de la señorita Storni hay una idea, una alegoría, un sentimiento digno de ser engarzado en sonoro joyel y ella lo labera con paciencia aunque no sacrificando nunca su alma a la relumbrona orfebrería, como debe ser a pesar del venerable y vetusto criterio de los señores gramáticos y retóricos valbuenistas.

Por eso nos gusta esta poetisa, como tiene que gustarle a todos los que no se pagan de correcciones y mojigangas, los que buscan, antes que nada, médula, sustancia y alma.

La señorita Alfonsina Storni ha hecho un bello, profundo y armonioso libro. — J. M. D.

Glosario de la farsa urbana. — Por ROBERTO GACHE. — Cooperativa Editorial. — Buenos Aires 1919.

La gran metrópoli tiene ya su cronista. Pero un cronista irónico, que escribe con el esmero de Azorín y tiene a veces la sonrisa amarga y cortante de Larra. Hace tiempo que venimos leyendo páginas que son un dechado de observación. Preveíamos que Gache iba a recogerlas en libro. Pero nunca supusimos que este «Glosario de la farsa urbana» llegara a ser tan armónico, tan homogéneo. Se lee con delectación, sin esfuerzo. Empiezan los cuadros de la calle; el veraneo presuntuoso; el desfile de «las pobres mujeres» que tienen que ganarse el pan o, aun peor, que mendigan; la historia de un día domingo, tres etapas impregnadas de burguesa vulgaridad; «las buenas costumbres» buscadas a veces en el cabaret o los teatros de variedades; la ciudad ingenua, con adivinas y cinematógrafos; la candorosa vida estudiantil y otros cincuenta aspectos, habilísimamente conseguidos. Roberto Gache se revela un humorista culto, lleno de matices. Su lema parece ser aquel de France, cuando recomendaba darle por testigos a la vida la ironía y la piedad. Porque Gache no es un crítico demoledor. Hay un algo de afectivo, de bondadoso, de fraterno, en las ingeniosas páginas de su obra. Larra sin amargura, Azorín trasplantado a un medio más dinámico, donde es preciso decir las cosas con mayor presteza, eso es Roberto Gache en este libro ameno, pintoresco y sugestivo, que hemos leído de un tirón. — V. A. S.

Frente a la vida. — Por CARLOS N. ROCHA. — Montevideo 1919.

No es frecuente hallar obras juveniles con la gravedad y el equilibrio de esta—tan fragmentaria—que Carlos N. Rocha acaba de enviarnos. Libros de la índole de este opúsculo, suelen componerlos algunos escritores en plena madurez, ya un poco doloridos, un poco desencantados. Es una prédica cristiana, de catecismo laico. Párrafos sueltos, surgidos tras horas de sombría meditación, de análisis angustioso. Con ellos se intenta persuadir a las gentes, inducirlas hacia la bondad, hacia el bien. Para eso, hácese el análisis de las ideas, de los sentimientos que tantas veces reemplazan a las primeras. No es tarea fácil la de redactar un conjunto de pensamientos como el que Carlos N. Rocha ha presentado. El director de la simpática

«Revista Rochense» muestra su vena de luchador, de jóven que ha sabido mirar con hondura una época en la que abundan los hombres atolondrados, atentos a la frivolidad y respetuosos con el prejuicio. Guillermo Clirman ha prologado la obra. — V. A. S.

«La Cisterna». — Poesías de JULIO RAÚL MENDILAHARZU. — Montevideo. Barreiro y Cía. Impresores.

Julio Raúl Mendilaharzu nos obsequia con un nuevo volumen de poesías, encerradas bajo el título sugestivo y bello de «La Cisterna». Es este nombre en extremo eficaz. La imaginación nos conduce a las tierras áridas y desoladas, de caminos polvorientos y soles inclementes, en que junto a los cactus azules se esconde el agua dulce y fresca de la cisterna.

Así es la poesía para los peregrinos que atravesamos este desierto hostil de mercaderes, entre caminos secos y almas que nada envidian a los caminos.

Mendilaharzu es un caballero entre cuyos señoríos tiene el de ser poeta. Ha viajado, se ha rodeado de belleza, quizá le ha sonreído demasiado la vida, hasta el punto que su obra, como reflejo de eso, muestra cierta unilateralidad que la torna monótona. En su libro hay chispazos felices y un indeciso cansancio de las farsas sociales, que no alcanza a definirse, o estalla en contricciones y arrepentimientos gemebundamente cristianos.

Se diría que las raíces del dolor no llegan al fondo de su alma, resultando las flores que nos enseña pálidas, faltas de juvenil vigor. Le recordaríamos «*A Lágrima*», aquella brillante lágrima fecunda del portugués formidable, que: «tremou! tremou! tremou! para que floreciese por fin el amarillo cardo seco!

Ya ha compuesto este poeta varios libros de versos y parece que confía demasiado en la inspiración, no sometiendo sus composiciones a la labor fina y paciente del artista, tan necesaria desde que se escribe dentro de cánones preestablecidos. La obra de selección se impone como moderadora y estética y considero que hubiera ganado mucho «La Cisterna» si estuviese compuesta de poesías como «La Montaña», hecha en fuertes y viriles versos, «Los puertos», habilísima pintura, visión exacta, y «Aix de Provenza», sonetos de fresca musicalidad y claro sentimiento.

«La Cisterna» no aumenta los valores del autor de «Deshojando el silencio,» quién, elevándose de los fáciles triunfos, pondrá su mira—como en la frase de Maeterlinck—más arriba de las estrellas, si es que sueña con éstas. — M. B.

La Hora Encantada. — (*Sonetos*). — HORACIO A. REGA MOLINA. Buenos Aires.

Revela este libro a un poeta digno de que la crítica lo acoja seriamente y lo estimúle con su aplauso.

Elegante, fina, aristocrática, tal vez un poco enferma de literatura, su musa huye de los temas vulgares y los lugares comunes, con un afan de quinta esencia que si, por el momento, puede no ser más que una pasajera alucinación, podría, en caso de persistir, conspirar gravemente contra su porvenir.

Como suponemos que se trata de un libro inicial,—el autor nos es desconocido,—no hacemos mayor hincapié en el culto idólatra que rinde al gran artífice de «Los Crepúsculos del Jardín».

En la mayor parte de sus sonetos, apenas velada por un tenue tinte personal, vemos aparecer la sombra formidable y sugestionadora de este excepcional maestro al cual sigue casi calcándolo, en la forma y en el fondo.

Le falta, pues, personalidad, iniciativa propia, va como llevado de la mano, como débil todavía para orientarse por sí solo; pero es justo confesar que ha hecho una obra meritoria y honesta y que exterioriza cualidades suficientes como para que se pueda tener la impresión de que una vez desligado de tutelas y animado a marchar por cuenta propia, Rega Molina ocupará un puesto descollante en la lírica de su país. — J. M. D.

A Solas. — LINO ARANDA CORREA. — Edit. Renacimiento. Montevideo.

No sin esa curiosidad que nos despierta lo absolutamente inédito —aquí lo es hasta el autor, para nosotros,—entreabrimos este libro que transparenta un espíritu original y atormentado. Ya predispone a oír la dulce o amarga confidencia el título que trasunta excepticismos y aislamientos y si bien nos abre más clara y de par en par el alma del autor este divagar heterogéneo y extravagante nos aleja de la apreciación ponderada del realizador de una obra concreta.

Los libros personales,—confidencias, memorias, idearios,—enseñan la psicología del autor con una nitidez meridiana y aunque á veces simule la fábula un alejamiento de la exposición personal, como en Urosimbo y sus temas, no puede el autor eludir su arenga, su grito, su modo inocultable, como que es la médula de su labor.

Guarda Lino Aranda Correa, en potencia, una gran fuerza imaginativa y creadora, que es a veces volteo de vértigo, temblor de huracán, torrente desbordado y caudaloso. Centellea su prosa en imágenes, en giros gráficos y elocuentes, en arrebatos de inspiración,

pero es a menudo alterado el vuelo, desviada la línea, quebrado o debilitado el vivo impulso.

Es bello y vigoroso el «Canto al Aeroplano»; cobra plasticidad y color la divagación delirante de Urosimbo; tiene rasgos felices «Policarpo» y el esbozo psicológico de «La Solterona», y si en verdad apunta en uno y otro lado: «De Invierno», «De Setiembre» etc, el acierto del poeta en la metáfora justa y bella, en la concepción del asunto, se resiente de inseguridad el todo, se nota dureza, exceso de frases que no terminan de dar la sensación panorámica,—si se puede decir así,—del cuadro.

Menciona Aranda en «El dolor de crear» la necesidad imprescindible del pulimento, de la obra sutil y paciente del orfebre: «el pulir y cincelar viene en segundo término y obligatoramiente—como un imperativo categórico de la belleza—después de la creación pura, casi diré, después que la materia prima ardiente, amasada, guarda aún el calor y la vibración del esfuerzo»... Y ésto que debe tornar límpido, alado y armonioso el estilo, tal vez le ha sido contraproducente, dándole una opulencia chillona a su prosa.

Se percibe la brega tras la perfección, la búsqueda del vocablo, la prodigalidad chocante de los adjetivos, como si el autor no acertando con el más justo y expresivo quisiera hacer gala de su léxico y amontonase palabras que detonan y redundan.

Aranda Correa hincha la frase, la decora, la hace chisporrotear con arabescos excesivos. Declama. A veces sus períodos toman aspectos y música de verso. Se marcan diferenciados los espacios rítmicos, para luego alterarse en desigual medida...

Sabemos que son temperamentales las inclinaciones. Defendemos la nuestra con un símbolo, a los que parece dado el autor que comentamos:

Frente al ícono hierático,—pesado de joyas, de amuletos y de ofrendas,—aunque éstas y aquellas tengan el prestigio del oro preciado y de las piedras deslumbrantes, está apagado nuestro incensario... Sin embargo, tiene algo de plegaria su leve humo azul cuando triunfa la línea fresca y ondulante de la bailarina desnuda, dueña de la sencilla gracia de la belleza natural, que teje en sus movimientos rítmicos el inimitable poema de la armonía pura. — M. B.

Nossos Filhos. — Por FLORENCIO SANCHEZ. Traducção por ALMACHIO CIRNE. — Porto Alegre, Brasil.

«Nuestros Hijos» la fuerte y bella comedia dramática de Florencio Sánchez, ha sido acertadamente vertida al idioma portugués por un ilustre amigo de nuestras letras, el literato brasileño Almachio Cirne.

No pierde en la traducción la obra teatral de nuestro gran bohemio, a quien—para gloria de su labor—se recuerda con tanto cariño como admiración allende nuestras fronteras. Los viejos conocidos, Mecha y el Señor Díaz, adquieren en la dúctil y suave lengua lusitana un encanto más sentimental y no sé si nuestra incurable pasión por el ideal ha hecho acrecentarse la figura noble y soñadora del buen luchador silencioso que quiere, solo, dar frente a la sociedad terrible y despiadada que señala a su hija y a él como réprobos.

Es de agradecer y de aplaudir esta obra de Cirne, que, aparte de divulgar en su tierra uno de nuestros más fuertes creadores, nos vincula espiritualmente con nuestros hermanos del Norte, que, a pesar de su tan rica literatura, nos son casi absolutamente desconocidos. — M. B.